

El cuento de Navidad



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Estudio Nimau.
Ilustración infantil y juvenil.

Faltaba muy poco para la noche de reyes. En la central de correos de la ciudad, hacía días que todo el mundo trabajaba duro recogiendo el montón de cartas que los niños y niñas enviaban a los Reyes de Oriente. Había de todas clases, la mayoría decoradas con dibujos o cenefas que alegraban los sobres, y con las letras de Sus Majestades escritas con caligrafías firmes y seguras, o bien débiles y temblorosas que empequeñecían a medida que se acercaban a los bordes.

Al Sr. Botet las que más le gustaban eran aquellas en que cada letra era reseguída un montón de veces. Sabía que eran las de los más pequeños, los que hacía poco que habían aprendido a escribir y su pulso todavía no era lo suficientemente fuerte para pulsar el lápiz sobre el papel.

El Sr. Botet sabía un montón de letras, e incluso presumía de conocer todos y cada uno de los niños de la ciudad a través de sus cartas. Y es que el Sr. Botet hacía 50 años que trabajaba de cartero, y lo que más le gustaba del mundo era ordenar y clasificar las cartas que viajaban cada Navidad hacia Oriente.

"Mira Berta, cada vez hace una letra más bonita". "Y fíjate con Jan, ya ha aprendido a poner los acentos". Al Sr. Botet le encantaba ver en aquellas cartas, cómo los niños y las niñas de su ciudad crecían, pero ese año se dio cuenta de algo muy diferente a los otros años.

"Ay caramba, qué extraño", pensó el cartero cuando vio que faltaba un sobre. Nunca antes había pasado algo así. Hasta entonces ningún niño había renunciado a escribir su carta a los reyes, pero por más que el hombre miraba y remiraba por todas partes, estaba seguro que faltaba una carta. Era la de Martín, un niño que vivía en la calle Filipino número 3 y que siempre llenaba el sobre con preciosos dibujos de súper héroes.

-¿No habréis confundido una carta de los reyes con las que enviáis a Paris? -preguntó el hombre al departamento de paquetes.

Pero por más que preguntaba y buscaba, todo el mundo le repetía lo mismo. "Aquí no está".

Esa noche el Sr. Botet no pudo dormir tranquilo. Por más que lo intentó no logró quitarse de la cabeza el misterio de aquel niño que no había hecho su carta. "Qué disparate", se decía una y otra vez. "Dónde se ha visto que un niño no pida nada a los reyes". Y tanto se agobió, que al día siguiente no se pudo estar de abrigarse lo suficiente y plantarse ante la casa de Martín, en la calle Filipino número 3.

"Ding dong", se sintió por todo el comedor. Y fue el mismo Martín que corrió a abrir la puerta.



— ¿Quién es usted? — preguntó el chico con curiosidad.

— Todo el mundo me llama Sr. Botet — respondió el viejo cartero.

— ¿Y qué quiere? — insistió Martín.

— Pues... — Añadió el Sr. Botet — he venido a saber por qué no has hecho la carta a los reyes.

En aquel momento Martín dudó sobre si debía continuar hablando con aquel hombre; lo que era cierto es que lo tenía visto de alguna vez que había acompañado a su hermana mayor a correos.

— Es que no les quiero pedir nada — . Explicó Martín. -Cada año les pido un montón de cosas con las que luego no puedo jugar. El año pasado les pedí un circo y aún espero que mi madre encuentre un momento para ayudarme a montarlo, y cuando pedí a mi padre que jugáramos con los disfraces de superhéroes que me llevaron hace dos años, me dijo que no tenía tiempo. Ya no quiero más de juguetes, tengo un montón, pero ninguno me convence.

Y dicho esto, Martín se despidió amablemente del Sr Botet y corrió a prepararse la merienda mientras encendía el televisor para entretenerse un rato.

"Ay, caramba", volvió a pensar el viejo cartero. "Ya es bien extraño eso", pero por más que pensaba y lo pensaba, no sabía encontrar la solución. "Bueno, tiene que haber algo que un niño pueda desear" se repetía una y otra vez. Y tres noches de sueño le costó, pero por fin encontró la solución. ¡Sí señor, era el regalo perfecto!

Aquella noche, el hombre se apresuró a salir del trabajo para llegar temprano a casa de Martín. Quería explicarle su idea, y faltaba tan poquito para la noche de reyes, que tenía que darse prisa.

"Ding- dong", sintió Martín desde el sofá. Cuando abrió se encontró al Sr. Botet con las mejillas rojas por el frío.

— Ya sé qué puedes pedirle dijo el viejo cartero impaciente.

— Pero si ya le he dicho que no quiero nada — volvió a responder Martín.

— Claro que sí quieres algo — Insistió el carterero —. Tú lo que quieres es tiempo.

— ¿Tiempo? — preguntó Martín con cara de incredulidad.

— Sí. Tiempo — explicó el Sr. Botet-. Tienes que pedir a los reyes que la gente a la que quieres te dedique su tiempo.

No es que Martín estuviera muy convencido, pero lo probó. Inmediatamente escribió una bonita carta llena de dibujos de superhéroes en la que pedía tiempo para montar el circo con su madre, tiempo para jugar a superhéroes con su padre, tiempo para correr con patines por el parque con su hermana, tiempo para inflarse a chocolate con churros en el bar de la plaza con la abuela, y tiempo para inventar cuentos a orillas del río paseando con el abuelo.

Hizo una carta larguísima en la que pedía tiempo para estar con aquellos que tanto amaba pero que siempre veía agobiados a su alrededor. Y cuando la tuvo escrita, le entregó al Sr. Botet, que tuvo que correr a correos para meter el sobre en el último saco que viajaba hacia Oriente. Pero lo consiguió.

Esa noche el Sr. Botet por fin pudo dormir tranquilo. Era la noche de reyes y sabía que todos los niños y niñas de su ciudad, dormirían impacientes esperando sus regalos. Él sin embargo, no estaba nada impaciente. Hacía tantos años que escribía su carta a los reyes, que sabía que no le fallaban nunca.



Por eso estaba convencido de que a Martín le darían el tiempo que tanto deseaba. Y así fue. Lo pudo comprobar al día siguiente cuando le vio de lejos disfrazado de Batman jugando con su padre vestido de Superman, o unas semanas después cuando oyó hablar una señora en la plaza explicando lo bien que se lo había pasado montando un circo con su hijo, o cuando se cruzó con una abuela en la farmacia, que decía que tenía dolor de estómago, pero que estaba feliz de haber pasado la tarde comiendo churros con su nieto.

El Sr. Botet sonreía cada vez que los oía, y también se rió cuando vio una chica intentando mantener el equilibrio sobre unos patines que le iban un poco grandes, o un abuelo que le preguntaba a un guardia urbano cuál era el camino para llegar al río. Sabía que todos ellos eran aquellos que Martín tanto amaba. Y los reyes, como siempre, habían hecho bien su trabajo. Los reyes y los carteros, claro, que tampoco fallaban nunca.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA